

MEDITACION.

DE LAS AFLICCIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las aflicciones son un tesoro; pero un tesoro escondido y muy ignorado, aunque tan comunes á todo el mundo, porque son pocos los que conocen lo que valen. En las aflicciones se encuentra la proteccion de Dios, el vigor del alma, un compendio de las virtudes y la perfeccion de la santidad. Semejantes á aquellos vientos impetuosos que á la verdad incomodan, pero purifican el aire, y nos restituyen la serenidad del cielo. Las aflicciones solo amargan á los sentidos y al amor propio; mas una alma cristiana experimenta bien su dulzura, su consuelo y su incomparable suavidad. Son remedios ingratos al paladar; pero provechosos para las enfermedades del alma: si esta no siente luego su eficacia, con el tiempo la conoce, pues van obrando poco á poco, y le restituyen la salud. No solo debilitan las pasiones, sino que enteramente las abaten. Descámínase el hombre en esta vida, y la ceguera sigue muy de cerca los extravíos del entendimiento y del corazon. Es menester un milagro para restituir la vista á estos ciegos voluntarios: es menester un milagro para que conozcan sus descaminos y los enmienden. Pues las aflicciones hacen este milagro cuando se su fren con un espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano. Habia mas de veinte años que los hijos del patriarca Jacob habian vendido á su hermano José. Vivian con la mayor tranquilidad, gozando el fruto de su delito, como amodorrados en un profundo letargo. Sucédeles una afliccion, un contratiempo:

abren los ojos, tráeles á la memoria su pecado, conocen su enormidad, detéstanle con horror, y conciben un arrepentimiento saludable: *Merito hæc patimur, exclaman cuando se ven arrestados, quia peccavimus in fratrem nostrum.* Justamente padecemos estos trabajos porque pecamos contra nuestro hermano (Gén. 42). ¡Cuántos y cuántas embriagados con sus prosperidades, deslumbrados con la falsa brillantez de una fortuna risueña decian allá dentro de su corazon con el impío de quien habla la Escritura: *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Pequé, ¿y qué mal me ha sucedido? Pero sobrevino la afliccion, dió en tierra aquella fortuna, oscurecióse aquella brillantez, una enfermedad, una desgracia, un caso adverso y no pensado nos volvió á nuestra primera oscuridad, y de camino nos hizo entrar dentro de nosotros mismos. Conocióse entonces la inconstancia, la vanidad de los bienes de la tierra: perdióse el gusto á ellos, y se comprendieron las verdades de la religion. Acabóse de conocer que solo Dios es el único bien del hombre, y convirtiése el alma á Dios. Despues de él, á la afliccion se debe esta dichosa mudanza. ¡Oh, y qué poco se conoce lo que valen las aflicciones cuando se murmura de ellas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que son pocos los santos que no hallaron en las aflicciones un precioso tesoro de riquezas para la otra vida; y asi todos recibieron las aflicciones y los trabajos como beneficios de Dios, persuadidos de que el aprovecharse de ellos es señal poco dudosa de predestinacion. Lo mismo juzgan todos a la hora de la muerte. Por mas feliz y por mas favorecida del Señor se reputa á santa Isabel cuando oprimida de trabajos y de adversidades, que cuando elevada en el trono, cubierta de soberanía y de esplendor. Su

caridad habia sido asombrosa, su devocion ejemplar, purisimas sus costumbres: era tenida por un perfecto modelo de virtud, es verdad; pero esta virtud habia sido aplaudida; era tranquila aquella devocion, y cuando hay calma, se navega poco, poco se adelanta por la mar. Por eso, como llamaba Dios á aquella grande alma á una eminente santidad, le proporcionó luego los medios. Vióse esta heroica princesa despojada de todos sus bienes, arrojada ignominiosamente de su palacio, menospreciada de todo el mundo. Entonces si que se abanzó á largas jornadas en el camino de su perfeccion. Muy en breve la engolfó en alta mar aquella deshecha borrasca. Ya sus obras no eran obras ordinarias y comunes de caridad, ya sus ejercicios no eran ejercicios espirituales de religion medianos ó de un mérito regular; eran todos actos heroicos de virtud, y valia una carrera cada paso que daba en los caminos de Dios. ¡Cuántas gloriosas victorias de sí misma! ¡cuántos méritos atesoró en muy poco tiempo! Esto producen las aflicciones en una alma fiel y generosa. No todos tienen espíritu para sufrir combates tan crueles, pruebas tan penosas; pero ¿quién hay en el mundo exento de aflicciones y de trabajos? Nacen con nosotros, digámoslo así, y solo resta que nos aprovechemos de ellos. Dices que no puedes hacer cosas grandes por Dios; bien; pero á lo menos ¿no podras llevar con paciencia por su amor los contratiempos que te suceden? Acéptalos todos como venidos de la mano de Dios; mira que hay tesoros escondidos en las adversidades, y las mismas adversidades se pueden llamar ricos tesoros.

¡Ah, mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí lo que valen las cruces y los trabajos de esta vida? Dignaos, Señor, descubrirme cada dia mas y mas su preciosidad; y dadme gracia para aprovecharme de ella hasta la muerte.

JACULATORIAS.

Bonum mihi quia humiliasti me. Salm. 118.

¡Oh Señor, y qué provechoso ha sido para mí que me hayais humillado!

Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipimus. Job 2.

Si recibimos las prosperidades de la mano del Señor, ¿porqué no recibiremos de la misma mano las adversidades?

PROPOSITOS.

1. No todos tienen proporcion para hacer cosas grandes en orden á ser santos; pero todo el mundo puede sufrir con paciencia; y para ser uno santo, no hay medio mas propio que esta paciencia y esta resignacion en las adversidades. En lugar de aquellos impetus de impaciencia y de mal humor, en vez de aquellas murmuraciones ofensivas que en nada disminuyen los trabajos, ¿quién te quita, segun el consejo del Apóstol, derramar amorosamente tu corazon en la presencia del Señor, y sin interrumpir tus ocupaciones ordinarias, sacar una inmensa ganancia de los mismos contratiempos con tu paciencia, con tu mansedumbre y con tu resignacion? ¡Cuánto hay que sufrir en una familia! El humor extravagante, violento y duro de un marido desarreglado; el genio altivo, terco y caprichoso de una mujer vana y presumida; unos hijos mal inclinados; la malignidad de un envidioso; la mala voluntad de un competidor; la supercheria y la mala fe de un falso amigo; la pérdida de un pleito; un desgraciado suceso en los negocios; una enfermedad, un revés de fortuna, y otros mil accidentes enfadosos, que todas son cruces bien pesadas.

Pues ¿porqué has de querer malograrlas? A este duro ejercicio de paciencia tiene vinculado Dios tu perfeccion. No pierdas parte alguna de este tesoro, y haz desde luego un firme propósito de aprovecharte bien de él.

2. Ya se te ha dicho muchas veces, pero nunca está de mas el repetirlo, que es admirable costumbre la de dar gracias á Dios, aunque sea por medio de una brevísima oracion, siempre que te suceda cualquiera afliccion, cualquiera contratiempo: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: suceda lo que sucediere, Dios lo dispone, Dios lo ordena, sea su nombre bendito; cúmplase en mí su santísima voluntad. Dí un *Laudate Dominum, omnes gentes*; dí un *Gloria Patri*, etc., dando gracias á Dios por aquella adversidad. No hay ejercicio mas provechoso.

DOMINICA III DE NOVIEMBRE.

LA FIESTA DEL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

Entre cuantas festividades celebra nuestra madre la Iglesia, siempre solicita en proponer á sus hijos objetos de edificacion y de consuelo, apenas hay una que llene tan completamente estas intenciones, como la presente festividad del patrocinio de María. Todos los hombres conocen y confiesan prácticamente su debilidad y miseria cuando con tanto esmero buscan en este mundo multiplicados apoyos y remedios para sus necesidades respectivas. Así vemos que el pobre procura ganarse la amistad del

rico, el ignorante se gloria con la compañía del sabio, y el desvalido procura por todos los medios la proteccion y amparo del poderoso. Por mas que la soberbia pretenda deslumbrar los ojos del entendimiento con los falsos brillos de la vanidad, es tan visible la flaqueza humana, que ni puede ocultarse, ni dejar de publicarla el temor. ¡Cuánta satisfaccion, pues, no deberá encontrar nuestro corazon cuando una madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, como nuestra madre la Iglesia, nos propone un patrocinio tan poderoso, tan eficaz, tan pronto y universal como el de María! Esto que es verdad, respecto de todas las necesidades, tanto naturales como sobre naturales, recibe un nuevo realce, aplicándolo privativamente á las necesidades mas interesantes, y que mas dificultosamente pueden encontrar socorro en lo humano, que son las necesidades del espiritu. Todos sabemos por testimonio de Dios en las divinas Escrituras, confirmado despues con una triste experiencia, que nacemos hijos de ira y de venganza, vasos de abominacion y de desprecio, enemigos declarados de Dios y partidarios del demonio. Dentro de nosotros mismos tenemos las semillas de todos los males, y una infeliz disposicion para contradecir á todos los bienes. Nuestra alma debilitada en sus potencias; el entendimiento ofuscado con la ignorancia; la voluntad torcida siempre hácia lo prohibido; la memoria llena de objetos de escándalo. Los movimientos mismos de la naturaleza, que por su puro mecanismo debieran quedarse en la clase de inocentes, llegan á hacerse enfermizos y peligrosos en fuerza del des concierto y turbacion que causó en ellos el primer pecado. No somos capaces, como dice san Pablo, de producir por nosotros mismos un solo buen pensa-

miento. En este mundo de miseria, de adversidad y desventura, que nos lleva apocados al tumbó con

nosotros mismos, ¿cómo podremos conseguir un solo bien, si no es por el patrocinio de María?